

escena se va haciendo dolorosa. Las simpatías del público todo están de parte de Carpentier y éste decae por instantes ante la lluvia de mazazos que le asesta su rival. Suena la campana que regula los «rounds» y cada cual va a su esquina bajo la protección de los respectivos «trainers» que les soplan, les humedecen, les frotan y les palpan las extremidades. En tales momentos, un mensajero se acerca a la silla del francés y le entrega una esquila que éste empuña entre el guante abollado y acerca a sus ojos que han perdido el brillo de la esperanza. «Gana por mí», —dice el billete— y el vencido se arroja al comedío del tablado como una catapulta y frecuente primero, menudea después y graniza más tarde una serie de trompadas insostenibles que en poco tiempo dan al traste con el hasta entonces vencedor, quien cae sin poderse levantar antes que el «referee» cuente los segundos fatídicos. Entonces se alza de la concurrencia femenina que fragantiza la sala del teatro una estupenda y tonante demostración de regocijo. Aplausos calurosos y comentarios... refocilantes.

Cuando termina el espectáculo y se inicia el desfile, es de notar como sabroso y comicísimo detalle de la jornada, que todos los jóvenes que han presenciado la cinta que comentamos salen adelantando el pecho, curvando los brazos, pisando fuerte y concisamente sobre el cemento, con ojos retadores y aires de nuestro padre Adán, esto es, de hombre primitivo...

Acompasándose a mis reumas lancinantes, un amigo que ha remontado hace tiempo el cabo de los cuarenta, se rezaga conmigo en la salida y comenta:

—A la mujer, mi querido amigo, apesar de estas demostraciones que usted acaba de ver, nunca le emocionará en el hombre ningún otro triunfo como el triunfo de la inteligencia. ¿No opina usted así?

—No, no opino así, aunque bien quisiera poder arrimar la brasa a nuestra sardina. Para la infinita mayoría de las mujeres por muy delicadas que éstas sean, por muy exquisitas y hasta sentimentales, valdrá siempre más una trompada dada a tiempo que un soneto bien perfilado...

—Usted exagera, le sojuzga en estos momentos la impresión de la película que acabamos de ver. Y se olvida de la cosecha de triunfos amorosos que cualquier artista puede exhibir, por humilde que sea. Un poeta, mi querido amigo, será siempre el punto luminoso donde irán a quemar estas divinas falenas que a usted y a mí y a todos los que nos sentimos lindando con la vejez subyugan y dominan. ¡La poesía! ¿Sabe usted el poder magnético que siempre ha tenido y tendrá la mú-

sica de un verso en los oídos de una mujer superior? Recuerde que por algo el demonio familiar aconseja al viejo Sócrates, el de la insinuante voz: ¡Haz música!...

—Ríase usted, hombre, ríase usted. Esas son... músicas!

Seguimos andando, yo con mis pobres dolemas que no me permitían el gesto engallado de los demás y mi amigo — ¡ah, tristeza de los cuarenta! — haciendo sus pinitos disimulados.

A la altura del Hotel Imperial, en el cruce de la calle Estrada Palma, donde las mujeres, a la hora del crepúsculo se ven más lindas, alcanzamos a dos criaturas de trasunto angelical. Saludos y piropos obligados, y, mi

amigo, poniendo el órgano a la sordina, mezza-vocce, que es como se dicen, según los peritos, las músicas suaves, le largó a la más rubia este madrigal:

—Oye, chiquilla, viéndote así tan dulce, así tan misteriosamente sugerente, no puedo callar este grito del poeta que acaba de morir:

«Estoy enamorado de una estrella,  
a modo del pastor de la romanza...  
la dicha del amor nunca es tan bella  
como lo es un amor sin esperanza!»

Y ella, volviéndose a su compañera:  
—Aprieta el paso: está borracho!

(Diario de Cuba, Santiago de Cuba).

## Norte América rudamente juzgada

Por JOSÉ JUAN TABLADA

**E**N esta época de humanidad universalizada en que, según el decir de Romain Rolland, «los europeos del Viejo y el Nuevo Mundo ponen en común el tesoro de su alma con las viejas civilizaciones del Asia — de la India y de la China»; en esta época en que, por otra parte, el eclipse de «la fe pragmática» restaura y aviva los fulgores de «la fe moral» y coloca la vida del espíritu sobre la vida material, es bien significativo el hecho de que un pensador chino, desde un periódico de Peking, haya lanzado a los Estados Unidos el dictado de «nación no civilizada»...

Para la mayoría de los estadounidenses (y otro tanto pasa en los países latino americanos, donde no se conoce a China sino por sus pobres emigrantes) un chino es un «chink», es decir un lavadero o cocinero aparentemente pueril, que convierte en eles las eres por su consabida lalación, que suele fumar opio y que hasta hace poco lucía irrisoria coleta...

Lo cual no obsta para que China fuera ya civilizada, moral y materialmente, cuando Europa era aún bárbara

y poseyera códigos éticos y estéticos que perduran hasta el día. Basta decir, en confirmación de esa vieja cultura, que el militarismo era despreciado y que todos los funcionarios públicos debían probar su atingencia por previos y rigurosos exámenes.

Bien puede China, con tal superioridad sobre las discutibles democracias del Continente, juzgar por boca de uno de sus sabios, a la más poderosa y soberbia de todas ellas.

Y bien puede lanzar a Norte América, como saludable admonición, la vieja sentencia de Confucio: «Quien sabe gobernarse a sí mismo y gobernar a su familia, sabrá gobernar al Estado. Es una misma cosa».

Pero aquí es diferente... y más aun en nuestros países latinos donde la falta de moralidad privada de los gobernantes, ha acarreado tantas catástrofes públicas.

Mas para lanzar su anatema contra los Estados Unidos, el publicista chino no ha tenido necesidad de citar ni el «Libro de los Ritos» ni el «Libro de las Odas» de Confucio, aunque en sus afirmaciones se inspire en las

VISITE USTED

La Carpintería, Ebanistería,  
Fábrica de marcos y repisas

DE ENRIQUE GOMEZ C.

100 varas al Sur del "Templo de la Música"

SAN JOSE DE COSTA RICA